



La Santa Sede

BENEDICTO XVI

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 14 de marzo de 2007

San Ignacio de Antioquía

Queridos hermanos y hermanas:

Como hicimos ya el miércoles pasado, hablamos de las personalidades de la Iglesia primitiva. La semana pasada hablamos del Papa Clemente I, tercer Sucesor de san Pedro. Hoy hablamos de san Ignacio, que fue el tercer obispo de Antioquía, del año 70 al 107, fecha de su martirio. En aquel tiempo Roma, Alejandría y Antioquía eran las tres grandes metrópolis del imperio romano. El concilio de Nicea habla de tres "primados": el de Roma, pero también Alejandría y Antioquía participan, en cierto sentido, en un "primado".

San Ignacio era obispo de Antioquía, que hoy se encuentra en Turquía. Allí, en Antioquía, como sabemos por los Hechos de los Apóstoles, surgió una comunidad cristiana floreciente: su primer obispo fue el apóstol san Pedro —así nos lo dice la tradición— y allí "por primera vez los discípulos recibieron el nombre de *cristianos*" (*Hch* 11, 26). Eusebio de Cesarea, un historiador del siglo IV, dedica un capítulo entero de su *Historia eclesiástica* a la vida y a la obra literaria de san Ignacio (III, 3). "Desde Siria —escribe— Ignacio fue enviado a Roma para ser arrojado como alimento a las fieras, a causa del testimonio que dio de Cristo. Al realizar su viaje por Asia, bajo la custodia severa de los guardias" (que él, en su *Carta a los Romanos*, V, 1, llama "diez leopardos"), "en cada una de las ciudades por donde pasaba, con predicaciones y exhortaciones, iba consolidando las Iglesias; sobre todo exhortaba, con gran ardor, a guardarse de las herejías que ya entonces comenzaban a pulular, y les recomendaba que no se apartaran de la tradición apostólica".

La primera etapa del viaje de san Ignacio hacia el martirio fue la ciudad de Esmirna, donde era obispo san Policarpo, discípulo de san Juan. Allí san Ignacio escribió cuatro cartas, respectivamente, a las Iglesias de Éfeso, Magnesia, Trales y Roma. "Habiendo partido de Esmirna —prosigue Eusebio— Ignacio fue a Tróada, y desde allí envió otras cartas": dos a las Iglesias de Filadelfia y Esmirna, y una al obispo Policarpo. Eusebio completa así la lista de las cartas, que han llegado hasta nosotros como un valioso tesoro de la Iglesia del siglo I. Leyendo esos textos se percibe la lozanía de la fe de la generación que conoció a los Apóstoles. En esas cartas se percibe también el amor ardiente de un santo. Por último, desde Tróada el mártir llegó a Roma, donde, en el anfiteatro Flavio, fue dado como alimento a las bestias feroces.

Ningún Padre de la Iglesia expresó con la intensidad de san Ignacio el deseo de *unión* con Cristo y de *vida* en él. Por eso, hemos leído el pasaje evangélico de la vid, que según el Evangelio de san Juan, es Jesús. En realidad, confluyen en san Ignacio dos "corrientes" espirituales: la de san Pablo, orientada totalmente a la *unión* con Cristo, y la de san Juan, concentrada en la *vida* en él. A su vez, estas dos corrientes desembocan en la *imitación* de Cristo, al que san Ignacio proclama muchas veces como "mi Dios" o "nuestro Dios".

Así, san Ignacio suplica a los cristianos de Roma que no impidan su martirio, porque está impaciente por "unirse a Jesucristo". Y explica: "Para mí es mejor morir en (*eis*) Jesucristo, que ser rey de los términos de la tierra. Quiero a Aquel que murió por nosotros; quiero a Aquel que resucitó por nosotros... Permitidme ser imitador de la pasión de mi Dios" (*Carta a los Romanos*, VI: *Padres Apostólicos*, BAC, Madrid 1993, p. 478). En esas expresiones ardientes de amor se puede percibir el notable "realismo" cristológico típico de la Iglesia de Antioquía, muy atento a la encarnación del Hijo de Dios y a su humanidad verdadera y concreta: Jesucristo —escribe san Ignacio a los cristianos de Esmirna (I, 1)— "es *realmente* del linaje de David", "*realmente* nació de una virgen", "*realmente* fue clavado en la cruz por nosotros".

La irresistible orientación de san Ignacio hacia la unión con Cristo fundamenta una auténtica "mística de la unidad". Él mismo se define "un hombre al que ha sido encomendada la tarea de la unidad" (*Carta a los cristianos de Filadelfia*, VIII, 1).

Para san Ignacio la unidad es, ante todo, una prerrogativa de Dios, que existiendo en tres Personas es Uno en absoluta unidad. A menudo repite que Dios es unidad, y que sólo en Dios esa unidad se encuentra en estado puro y originario. La unidad que los cristianos debemos realizar en esta tierra no es más que una imitación, lo más cercana posible, del arquetipo divino.

De este modo san Ignacio llega a elaborar una visión de la Iglesia que contiene algunas expresiones muy semejantes a las de la *Carta a los Corintios* de san Clemente Romano. "Conviene —escribe por ejemplo a los cristianos de Éfeso— que tengáis un mismo sentir con vuestro obispo, que es justamente cosa que ya hacéis. En efecto, vuestro colegio de presbíteros, digno del nombre que lleva, digno de Dios, está tan armoniosamente concertado con su obispo

como las cuerdas con la lira. (...) Por eso, con vuestra concordia y con vuestro amor sinfónico, cantáis a Jesucristo. Así, vosotros, cantáis a una en coro, para que en la sinfonía de la concordia, después de haber cogido el tono de Dios en la unidad, cantéis con una sola voz" (IV, 1-2).

Asimismo, después de recomendar a los cristianos de Esmirna que "nadie haga nada en lo que atañe a la Iglesia sin contar con el obispo" (VIII, 1), dice a san Policarpo: "Yo me ofrezco como rescate por quienes se someten al obispo, a los presbíteros y a los diáconos. Y ojalá que con ellos se me concediera tener parte con Dios. Trabajad unos junto a otros, luchad unidos, corred a una, sufrid, dormid y despertad todos a la vez, como administradores de Dios, como sus asistentes y servidores. Tratad de agradar al Capitán bajo cuya bandera militáis y de quien habéis de recibir el sueldo. Que ninguno de vosotros sea declarado desertor. Vuestro bautismo ha de permanecer como vuestra armadura, la fe como un yelmo, la caridad como una lanza, la paciencia como un arsenal de todas las armas" (*Carta a san Policarpo*, VI, 1-2: *Padres Apostólicos*, BAC, Madrid 1993, p. 500).

En conjunto, se puede apreciar en las *Cartas* de san Ignacio una especie de dialéctica constante y fecunda entre dos aspectos característicos de la vida cristiana: por una parte, la estructura jerárquica de la comunidad eclesial; y, por otra, la unidad fundamental que vincula entre sí a todos los fieles en Cristo. En consecuencia, las funciones no se pueden contraponer. Al contrario, se insiste continuamente en la comunión de los creyentes entre sí y con sus pastores, mediante elocuentes imágenes y analogías: la lira, las cuerdas, la entonación, el concierto, la sinfonía.

Es evidente la responsabilidad peculiar de los obispos, de los presbíteros y de los diáconos en la edificación de la comunidad. Ante todo a ellos se dirige la invitación al amor y a la unidad. "Sed uno", escribe san Ignacio a los Magnesios, remitiéndose a la oración de Jesús en la última Cena: "Una sola oración, una sola mente, una sola esperanza en el amor... Corred todos a una a Jesucristo como al único templo de Dios, como al único altar: él es uno, y procediendo del único Padre, ha permanecido unido a él, y a él ha vuelto en la unidad" (VII, 1-2).

En la literatura cristiana san Ignacio fue el primero en atribuir a la Iglesia el adjetivo "católica", es decir, "universal": "Donde está Jesucristo —afirma— allí está la Iglesia católica" (*Carta a los cristianos de Esmirna*, VIII, 2). Y precisamente en el servicio de unidad a la Iglesia católica la comunidad cristiana de Roma ejerce una especie de primado en el amor: "En Roma ella, digna de Dios, venerable, digna de toda bienaventuranza... preside en la caridad, que tiene la ley de Cristo y lleva el nombre del Padre" (*Carta a los Romanos*, prólogo).

Como se puede ver, san Ignacio es verdaderamente "el doctor de la unidad": unidad de Dios y unidad de Cristo (a pesar de las diversas herejías que ya comenzaban a circular y separaban en Cristo la naturaleza humana y la divina), unidad de la Iglesia, unidad de los fieles "en la fe y en la caridad, a las que nada se puede anteponer" (*Carta a los cristianos de Esmirna*, VI, 1).

En definitiva, el "realismo" de san Ignacio invita a los fieles de ayer y de hoy, nos invita a todos a una síntesis progresiva entre *configuración* con Cristo (unión con él, vida en él) y *entrega* a su Iglesia (unidad con el obispo, servicio generoso a la comunidad y al mundo). Es decir, hay que llegar a una síntesis entre *comuni6n* de la Iglesia en su interior y *misión-proclamaci6n* del Evangelio a los demás, hasta que una dimensi6n hable a trav6s de la otra, y los creyentes est6n cada vez m6s "en posesi6n del esp6ritu indiviso, que es Jesucristo mismo" (*Carta a los cristianos de Magnesia*, XV).

Pidiendo al Se6or esta "gracia de unidad", y con la convicci6n de presidir en la caridad a toda la Iglesia (cf. *Carta a los Romanos*, pr6logo), os expreso a vosotros el mismo deseo con el que concluye la carta de san Ignacio a los cristianos de Trales: "Amaos unos a otros con coraz6n indiviso. Mi esp6ritu se ofrece en sacrificio por vosotros, no s6lo ahora, sino tambi6n cuando logre alcanzar a Dios... Quiera el Se6or que en 6l os encontr6is sin mancha" (XIII).

Y oremos para que el Se6or nos ayude a lograr esta unidad y a encontrarnos al final sin mancha, porque es el amor el que purifica las almas.

Saludos

Saludo cordialmente a los visitantes de lengua espa6ola. En particular a la Hermandad de veteranos de las Fuerzas armadas y Guardia civil de Espa6a, con su consiliario nacional, mons. Jos6 Manuel Estepa, un querido amigo mío; a la delegaci6n de pastoral de la salud, de Santiago de Compostela, acompa6ados de su arzobispo, mons. Juli6n Barrio; as6 como a los dem6s grupos de Espa6a, M6xico y otros pa6ses latinoamericanos. Os animo a estar muy unidos a Cristo, y a trabajar por la salvaci6n de todos los hombres, superando toda forma de divisi6n. ¡Gracias por vuestra visita!

(En polaco)

Ayer se public6 la exhortaci6n "[Sacramentum caritatis](#)", dedicada a la Eucarist6a. Hoy san Ignacio de Antioqu6a nos invita a vivir en uni6n con Cristo, que muri6 y resucit6 por nosotros, y su persona y su obra redentora est6n presentes entre nosotros en el misterio de la Eucarist6a. Que este sacramento sea para todos una fuente inagotable de gracia. ¡Que Dios os bendiga!

(En italiano)

Queridos amigos, os animo a sentirlos cada vez m6s implicados en la misi6n de la Iglesia para afrontar con nuevo impulso apost6lico los numerosos desaf6os sociales y religiosos de la 6poca actual. En los di6logos con vuestros obispos he o6do ya que en Pulla la Iglesia est6 todav6a viva, es din6mica y llena de fe. Y vosotros, queridos hermanos en el episcopado, no os cans6is de solicitar a quienes est6n encomendados a vuestra solicitud pastoral a encontrarse personalmente con Cristo vivo en medio de nosotros, aceptando 6ntegramente su Evangelio y las exigencias

morales que brotan de él.

Mi saludo va finalmente a los *jóvenes*, a los *enfermos* y a los *recién casados*. Queridos *jóvenes*, buscad sinceramente el amor de Dios y sedle siempre fieles. Queridos *enfermos*, no permitáis que el sufrimiento apague en vosotros la luz de la fe en Cristo, el cual os sostiene en la prueba. Y vosotros, queridos *recién casados*, llamados por Dios a formar una nueva familia, haced de vuestra existencia una misión de amor fiel y generoso.